



M. T. Podestá

Irresponsable

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

M. T. Podestá

Irresponsable

Volvamos a nuestro personaje.

Una puerta que se abrió con estrépito, le hizo estremecer y dar un salto en su asiento; tenía en la mano la segunda copa de licor, y estuvo a punto de derramarla.

No atinó a balbucir un cumplimento ni se atrevió a tender la diestra a su amigo; sólo pudo articular una disculpa humilde: *-Perdóname, si soy molesto.*

Su amigo, sin hacer caso de su protesta, se limitó a tenderle la mano y apretar la suya con efusión, como buen camarada, como si el día antes se hubiesen visto en el claustro de la Universidad, cuando concertaban un paseo.

Esta conducta, sencilla, deferente, casi afectuosa, de hombre educado, le hizo cobrar ánimo y despertar, como movido por una vibración, un sentimiento de gratitud...

-¡Qué bueno es! -pensó; siempre el mismo, y suspirando fuertemente, le dijo: -Me he acordado de ti, ahora que estoy en el último *trámite* de una existencia que ya no sé qué hacer de ella; me voy sobrando a mí mismo, quisiera reducirme a una cosa cualquiera, quisiera refundirme en otro ser, aunque fuese el más despreciable, ya que de la vida no me queda más que la animalidad. Intelectualmente no me preguntes lo que valgo ni lo que puedo ser, creo que se ha borrado en mi cerebro el sitio que ocupa esta facultad, y que no me queda de ella sino un jirón de instinto que mueve todos mis actos.

Su amigo le interrumpió sonriendo, y dándole una palmada sobre el muslo derecho, le dijo: -Después de tantos años que has andado vagando como una sombra, sin encontrar tu centro de gravedad, todo tu caudal científico, toda tu fortuna, todo tu bagaje, es la metempsicosis... ¿De dónde sales con esas ideas?...

Si yo creyese en las doctrinas espiritistas, te supondría un ser de otro mundo que viene a escudriñar un poco las cosas de la tierra.

Nuestro hombre abrió los ojos como dos linternas, y mirando a su amigo con aire de tristeza, exclamó: -Tienes razón; no parezco un ser de este mundo, ni de estos tiempos... estoy envilecido y aburrido de mí mismo, me encuentro como si tuviera un grillete al pie, que me condenase al trabajo forzado de estar pensando siempre en cosas imposibles, y que me alejase cada vez más del contacto de los hombres, de quienes no he recibido ningún daño y a quienes he mirado siempre como miran las hienas enjauladas a los que van a mortificarlas con la punta de su bastón.

Es una extraña manera de ser y de pensar la mía; pero no tengo yo la culpa... ¡Ah! si pudiese abrirme el cráneo -añadió, agarrándose la cabeza con ambas manos, -y poner dentro un cerebro más igual al de las demás, indudablemente sería la persona que tú deseas y en cambio de un bagaje absurdo y ridículo, habría traído a tu casa la buena nueva de mi felicidad; pero, ¿qué quieres?... genio y figura.

-Eres un niño, un niño mal dirigido, que ha dado los primeros pasos en falso, sin más guía que el impulso de su tendencia genial y a la cual te entregaste en cuerpo y alma desde los primeros días, sin ver más allá de tus ojos y de tu egoísmo.

-¡Egoísmo yo! -exclamó, poniéndose de pie, pálido y convulso; ¡egoísmo!... yo que he sido una especie de pelícano; capaz de hacerme pedazos por los demás.

-No te alarmes... esa manera de ser no te engrandece ni te da méritos... ese sistema de prodigar todo tu saber, como un filántropo, es una generosidad derrochadora, de la que no has sacado más provecho que desengaños, miserias, ideas equivocadas y sombrías sobre tus semejantes... Has dado tus sentimientos, mejor dicho, los has derrochado, adornando con ellos la existencia de una perdularia, a quien debiste dejar en el fango de donde había salido. Has pagado tu tributo a la experiencia, conquistándote, en esa jornada, el alejamiento de tus amigos, y tú, la huida de la sociedad, como un réprobo que tiene necesidad de ocultar un delito... Andabas después espionando a las gentes con aires de Diógenes, y bien decían tus ojos, a falta de linterna, que tu desdén por todo lo que te rodeaba era más alto que el del misántropo griego.

Tu carrera la tiraste a la calle, como quien se despoja de una carga pesada y abrumadora... y luego... aquí perdóname que sea más franco... brutal... has envenenado tu organismo con el alcohol, para que tu cerebro y tus nervios fuesen siempre rebeldes, y a trueque de tus desdichas imaginarias y reales, te diesen el bienestar que apetecías... Has perdido en el cambio, querido amigo: por una copa de licor, entregabas un jirón de tu organismo moral que has ido destrozando y enajenando poco a poco, para quedar reducido, como tú decías hace un momento, a la animalidad.

El *hombre de los imanes* había escuchado azorado el discurso de su amigo; cuando éste concluyó pudo notar que dos lágrimas, gruesas como garbanzos, corrían divergentes por los surcos de sus mejillas acartonadas.

-Tienes razón -dijo lentamente, -tienes sobrada razón.

-No es éste un reproche que te dirijo, ni un consejo que pretendo darte -continuó su amigo, -pero ya que te has resuelto a golpear la puerta de mi casa, y que tus últimas palabras de cariño para mí fueron un puñado de insultos que me tiraste a la cara, como quien arroja lodo, yo tomo, después de tantos años, mi desquite, para mostrarte que el único culpable de tus males eres tú... no te guardo rencor... aquella noche estabas ebrio, y, sin sospecharlo, así has vivido hasta ahora.

-Luego soy un miserable, que merezco ser arrojado de aquí como un perro...

-No, eres un desgraciado, uno de tantos, en los que se cumple fatalmente una ley de herencia, de la que pocos pueden sustraerse.

Felizmente para ti, el medio social en que has vivido, la educación que te infiltraron desde niño, las barreras que forzosamente tenían que contener el desborde de tus pasiones, han hecho de ti un ser inofensivo.

-¡Pero inútil! -le interrumpió desesperado nuestro personaje.

-¿Te crees -prosiguió su amigo, -que poniendo una pantalla delante de tus ojos, te sustraerías a las miradas de los demás?... ¿crees que no he adivinado tu existencia, a pesar de tu alejamiento?... Me bastaba verte, de cuando en cuando, en la calle, cuando marchabas distraído, agobiado, indiferente por el desaliño de tu persona, para formar un concepto de tu situación. Tú crees que mis miradas no te han seguido hasta la intimidad de tu vivienda, y que no he escuchado los monólogos de tu desesperación y de tu alegría.

Podría contarte, día por día y hora por hora, lo que has hecho, lo que has pensado y los propósitos que han movido tus pasos... ¿Crees que muchas veces cuando tú, en el silencio de la noche, en la de oscuridad de tu vivienda, te levantabas sobresaltado de la cama para escuchar, con ansiedad y espanto, voces e imprecaciones de amenaza, no te seguía mi pensamiento y mis ojos no te veían arrojarte de ella con el cabello erizado, tambaleando y

comprimiendo en tus manos temblorosas un arma para defenderte y agredir a tus enemigos imaginarios?

¿Crees que, cuando salías despavorido, huyendo, a medio vestir, de esos mismos enemigos, conjurados para hacerte daño, no te veía ganar la calle desesperado, loco, fascinado por una sombra, para ir a pasar el resto de la noche acurrucado en un banco de una plaza cualquiera, como un perro sin dueño?

¿Crees que no te he visto con los ojos azorados, la boca torcida, como en la convulsión de un epiléptico, acariciar la intención siniestra de prender fuego a la casa?

Estas revelaciones, hechas así a boca de jarro, patentizando la verdad más completa, poníanle delante escenas que tantas veces se habían repetido, y de las que se creía actor y único testigo.

Hondamente conmovido, miró a su antiguo compañero con ojos de súplica.

Lo veía delante de él, en el apogeo de su juventud, fuerte, bondadoso pero severo, rico, inteligente, y por grados lo convertía en un titán, a medida que él se achicaba como un pigmeo.

En su pequeñez enfermiza, parecía su amigo un ser sobrenatural que se le presentaba de improviso, justiciero, para darle el golpe de gracia y destruir en un minuto sus restos de vanagloria por su independencia y por lo que él llamaba su carácter.

Le había horadado la conciencia como había horadado las paredes de su miserable vivienda; estaba descubierto; no le quedaba otro camino que disparar de allí y arrojarse desde las ruedas del primer vehículo que pasase.

Después de una pausa, su amigo tomó el hilo de sus revelaciones, aparentando la mayor naturalidad. Se había propuesto sacar partido en favor de ese desgraciado, ya que la casualidad le proporcionaba una entrevista con todas las ventajas para sus designios.

Tal vez exhibiéndolo a sus propios ojos en toda la desnudez monstruosa de la realidad, habría conseguido desviar las tendencias de ese infeliz, que marchaba ciego o al manicomio o al suicidio.

-Esto no es todo, mi querido amigo; debo decirte más; sé muy bien que tus nervios reciben un choque violento, y que abuso un poco de la hospitalidad que te doy, pero tú tienes la culpa; has venido a mi casa, como un camalote arrastrado por la corriente, y tal vez sea esta la última vez que nos veamos... Te conozco muy bien, y sé que no volverás, si no consigues redimirte.

Un apretón de manos violento, efusivo, que parecía implicar un juramento o una promesa, fue la contestación a sus palabras.

-Deja las efusiones para después, siéntate y escucha... Esa sensibilidad de mujer que ha reemplazado a tu virilidad de otros tiempos, no me conmueve lo bastante para hacerme callar.

En medio de todo, ha sido una felicidad para ti que tu situación no te condujese a extremos más peligrosos.

Cuando estabas alucinado por las impresiones que trastornaban tu cerebro y veías por delante la imagen de enemigos que atentaban contra tu existencia, has podido ser criminal... Si en las huidas de tu casa encuentras al paso algún desdichado que te sorprende en esos momentos de delirio, no habrías titubeado en mirarlo también como a un enemigo y en hacerle víctima de tu furor.

-¡Asesino también! -exclamó el *hombre de los imanes*, ocultando avergonzado entre sus manos su cara desencajada.

-¡Qué linda manera de ser filósofo, de reírse de los hombres y de mirar con encono y

desprecio a la sociedad, de llorar como un niño sobre las rimas de un poeta sentimental, y de estarse torturando con impaciencia, sin más objetivo que el de llegar pronto a una meta poco envidiable para decir desde allí: quisiera ser una bestia cualquiera, antes que ser un hombre útil e inteligente!

Verdad que es la única contestación lógica a una vida malgastada en la inacción y en la inconveniencia del propio deber.

¡Ah! bien sé que no eres el único, y que eres tal vez el más desgraciado del gremio.

Seres enfermos, organismos morales truncos, que van esparciendo, como la mala semilla, el germen insano de una existencia peligrosa, que lleva de una generación a otra su marca indeleble.

Felizmente, no has constituido una familia.

La Providencia no ha sido tan injusta contigo, -agregó sonriendo, -y no tienes derecho a ser ingrato; ha cortado en ti la huella funesta que te han transmitido tus antepasados, y otros infelices no tendrán que padecer lo que tú has sufrido.

-¡Basta! -exclamó de pronto el *hombre de los imanes* que había quedado cabizbajo, escuchando la última parte del discurso, -no me tortures más, mis nervios no resisten a tus palabras.

Te he escuchado como a un padre, como a un amigo, como a un juez; te he permitido que me aconsejes, que me delates ante mi propia conciencia, que me despedaces haciendo el análisis de mi vida, de mis sentimientos; pero no me envilezcas más de lo que estoy, me queda aún un resto de sentido moral para medir el abismo que tengo por delante.

-Sentido moral pervertido, que te hace ver como en el daltonismo los colores cambiados; así recibe tu cerebro las impresiones equivocadas o no las recibe en el grado que ha herido tu sensibilidad.

-Escúchame ahora, y no lo tomes a mal; tengo por ti el cariño de otros tiempos, soy todavía tu condiscípulo, y aunque nos haya separado una larga jornada, no puedo olvidar que siempre fuiste para mí el amigo de la infancia, con quien he compartido las mejores horas de esa edad.

Esta revelación afectuosa acabó por enternecerlo y hacerle pedir disculpa.

-No te hagas más culpable -siguió, -de lo que eres realmente. Nadie mejor que tú mismo ha podido ponderar, día por día, hora por hora, los estragos que han surcado bondadosamente tu existencia, y si esa necesidad de reparación, si ese deseo de algo mejor, de algo más duradero y útil, surgiese en ti con la fuerza necesaria para darle el vigor de un sentimiento estable, podrías batir palmas y creer que has conseguido tu objeto; pero no debes olvidar las impresiones, los sentimientos, los afectos, no se sustraen a la materialidad de las vibraciones nerviosas, y que todo ello no es obra de la imaginación ni del idealismo con que nos acostumbrábamos a pensarlo cuando sacábamos engréidos nuestros argumentos de esos textos perdularios de filosofía que andaban rodando deshojados debajo de los bancos de la clase.

Tú has quedado estacionario, y cuando has querido avanzar un paso, has encontrado inmediatamente un escollo, puesto en tu camino por tus manos.

Piensa que la máquina humana, tanto en su organización física como moral, está sujeta a las leyes del funcionamiento de los órganos que entran como factores perfectamente equilibrados en su composición.

Es cuestión de impresionabilidad más o menos delicada.

Un pinchazo dado en un dedo no será advertido por el que tiene las extremidades nerviosas atrofiadas, pero hará saltar de dolor al que conserva su sensibilidad intacta.

Una insolencia o una bofetada te harán reaccionar y tomar, en la justa medida del ultraje recibido, una reparación inmediata; en otro, la impresión llega al cerebro, pero la reacción no se hace sentir como una vibración instantánea, la máquina no funciona con perfección y el ofendido apenas si se pasa la mano por el rostro para comprobar la afrenta.

Tú cometes una mala acción y te das cuenta de ello; otros hacen lo mismo y apenas si le dan importancia; tú tienes sangre en tu rostro para sonrojarte, otros tienen su circulación entorpecida y jamás sienten el rubor. Ya lo ves, sin ir más adelante, sin engolfarnos en estas apreciaciones que llaman materialistas, puedes ver en ti mismo un ejemplo palpitante de lo que estoy diciendo.

Agrega ahora a esa máquina defectuosa la acción maléfica del alcohol y tendrás el desequilibrio lento, pero seguro, del organismo más perfecto.

El *hombre de los imanes* oía extasiado la explicación filosófica de su amigo, y éste, con el entusiasmo que había aumentado por grados, no advertía que había llegado tarde y que sus palabras, si daban en el blanco, no dejaban vestigio alguno del choque.

El alcohol es un ladrón que penetra dulcemente para llevarse todos los días algo: hoy destruye una célula, mañana inmoviliza un resorte que era el eje sobre el que giraba un sentimiento; ataca una víscera importante y le saquea toda su savia hasta matarla traidoramente, y a medida que va penetrando en la intimidad del organismo, va rompiendo el ritmo de nuestras acciones, de nuestros sentimientos, de nuestros afectos, para convertir al hombre en un idiota, en un malvado, en un criminal, dejando cabida en la penumbra de ese cuadro sombrío a una serie de seres desgraciados, inconscientes, degenerados, y todos ellos capaces de las aberraciones más monstruosas.

Búscame ahora el alma en medio del tufo del vino y de los licores, y la encontrarás esclava de un cerebro salpicado de células degeneradas, inútiles, reblandecidas; lo encontrarás todo revuelto, como si escarbaras con un palo dentro de una colmena.

Pon una mano sobre el corazón y lo sentirás latir como si estuviese epiléptico y quisiese saltar fuera del pecho.

Búscame un afecto tierno, duradero, una idea progresista, un impulso generoso, un móvil elevado. Reúne como en un juego de paciencia todos esos pedazos desgastados; hazlos servir al engranaje de la vida, y verás lo que sale de ese desquicio.

-¡Yo! -exclamó en un arrebato el infeliz, -yo, que no he sabido luchar y que me he dejado subyugar miserablemente, sin oponer más resistencia que mis preocupaciones y el nerviosismo de que estoy empastado. -¡Ah! te juro -añadió a tiempo que se levantaba con la resolución de un hombre decidido, -que después de este discurso y estos consejos, cambiaré completamente de rumbo y pondré remedio a las desdichas... -Tomó luego la mano de su amigo, y al comprimirla, hizo crujir sus dedos como si estuviesen fracturados.

Este lo miró con lástima, y moviendo la cabeza con aire de incredulidad, le dijo sonriendo: -¡Diga usted los imanes!

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

